

# Borgianos, galenos y otras invenciones

Costa Rica es un país en donde la mayor parte de quienes producen obras literarias empiezan a publicarlas -o a intentar hacerlo- apenas han terminado la primera. Si se trata de un poema o de un cuento, el autor busca afanosamente una revista o un suplemento cultural que le conceda el espacio correspondiente para darlo a conocer. Cuando la obra es una novela, el logro de verla en letras de molde ya resulta más difícil. Pero todos los escritores querían que su trabajo viera la luz pública lo antes posible.

El caso de Rodolfo Alvarado Herrera difiere radicalmente en este sentido. Yo lo conocí en persona hace algunos años, cuando me trajo algunos de sus cuentos para que se los revisara y corrigiera y, por cierto, para que le diera mi opinión sobre su calidad. Desde el primero de ellos que leí, me sorprendió la "corrección" (no política, sino idiomática) con que el autor daba forma a sus historias, donde muy poco era lo que requería enmienda. Me sorprendió, porque no es común encontrarse a un profesional de la medicina tan capaz de emplear el registro escrito de la lengua con tal pulcritud y eficacia. Pero también llamó mi atención la capacidad del autor para pasar de un asunto a otro en cada relato con la seguridad y conocimiento de la cuestión con que lo haría alguien que tuviera experiencia vital en muy distintos terrenos y situaciones. No eran, los de Rodolfo Alvarado, los cuentos que escribe el médico que ve el mundo únicamente con esfigmomanómetro o bisturí listos para ser aplicados a cualquier hora del día, con enajenación casi total de las restantes actividades que brinda la vida.

He leído, desde que conozco al autor, muchos cuentos suyos, variadísimos en sus temas y en los tratamientos que les aplica para relatarlos, reveladores siempre de que su creador -como debe ser-, antes que escritor, ha sido un lector incansable y atento al cómo de cada narración, a la vez que alguien interesado en la vida misma y en los distintos seres humanos, para hacerlos vivir sobre el papel de una manera convincente para sus lectores.

Pero no se crea que me resultó fácil convencerlo de que hacía rato era hora de echar al mundo a tantos personajes cuyas historias él tenía armadas, revisadas, corregidas y, de seguro, potencialmente aprobadas por cualquier crítico experto en el género narrativo breve. Yo no sé qué esperaba Rodolfo Alvarado para

tomar esta decisión tan importante en su vida intelectual, esa que, tras la respuesta entusiasta que de seguro darán los lectores a sus relatos, tendrá que convencerlo de que es uno más entre los hombres de letras de nuestro país cuyo trabajo merece ser conocido por quienes vemos en la literatura una de las expresiones más valiosas del ser humano creador y de la cultura.

La obra que motiva estas palabras es, entonces, sorprendentemente, el primer libro que publica su autor, constituido por diez relatos en que nos presenta también diez historias distintas, protagonizadas casi todas por individuos de sexo masculino, algunos pertenecientes al ámbito de los hospitales y, por ello, de la enfermedad y de la muerte, otros afincados en lejanos sitios, en diferentes actividades, con intereses y sensibilidades muy distintos y, a veces, ubicados en extranjero país y hasta en épocas pretéritas, en ciertas situaciones arrancados de cuajo a la misma literatura y puestos a vivir de nuevo por artificio de la pluma firme y conocedora de nuestro galeno que siempre ha ejercido la medicina casi al unísono con el bolígrafo y luego con la computadora.

Todos los que ingresen en este libro se llevarán la gratísima sorpresa de adentrarse en historias muy bien armadas, interesantes, humanas, intrigantes algunas y reveladoras de que nuestro médico conoce muchísi-

mo el mundo y a los humanos, y domina también el fascinante universo de la literatura, sin la cual -estoy segura de ello- nunca se le habría ocurrido, siquiera, que sus experiencias personales y sus invenciones también podrían, un día, incorporarse al mundo de los libros y, concretamente, de uno escrito y firmado por él mismo.

Pienso que mis palabras precedentes bastarán para que sus lectores cuenten con la motivación necesaria para averiguar por cuenta propia y en la intimidad de sus casas, lo que le ocurrió al modesto trabajador encargado de ayudar en las autopsias en el Hospital Metodista, el día en que estrenó su primer y largamente deseado automóvil de segunda mano que hubo en su vida; lo sucedido al esposo renuente a acompañar a su mujer al mismo hospital mencionado, el día en que operarían a la madre de ella y, por lo tanto, suegra del esquivo y castigado protagonista; el típico y simpático episodio campesino en que toros, vacas y terneros asumen un papel fundamental en el triunfo de un domador de apenas doce años; la aventura espeluznante y surrealista -y yo diría que aleccionadora para las féminas incapaces de aceptar las injurias del tiempo en su rostro- que vivió una mujer cincuentona sometida a la cirugía plástica; la insólita historia de un excepcional profesor universitario y médico mexicano, incrédulo -como el autor



Myriam Bustos Arratia

**Alvarado Herrera, Rodolfo**  
**Borgianos, galenos y otras invenciones**  
**San José, Costa Rica, Editorial Tecnociencia, 2000**  
**Apartado 440-2050, San Pedro. Telefax 224-4506**  
**¢2000**

del libro de que hablo, dicho sea de paso- en materia psiquiátrica, psicológica y freudiana, que termina espectacularmente castigado por su renuencia a aceptar la realidad de las enfermedades psicósomáticas; la originalísima y muy compleja experiencia protagonizada por un agente del OIJ costarricense, a quien un texto literario le proporciona las claves para dilucidar un asesinato no resuelto, cuento policial que nada tiene que envidiar a cualquiera de los escritos por los maestros del género; la tierna y conmovedora anécdota ocurrida a un muchacho de campo en nuestro país, en La Fortuna de San Carlos, pero en tiempos de la Segunda Guerra Mundial; la relación insólita e impensable que se produjo, en el pasado, en la mismísima España, entre Miguel de Cervantes y don Quijote de La Mancha, revivido con envidiable imaginación y dominio del texto cervantino por Rodolfo Alvarado; la "borgiana" aventura protagonizada por un médico cirujano costarricense a quien un desconocido le ofrece, en venta, nada menos que el bisturí mágico con que operaba, en el siglo

XVI, el médico Andrés Vesalio, autor de un famoso libro de anatomía; la originalísima e inesperada continuación del famoso cuento de Jorge Luis Borges "El libro de arena", que nuestro autor elabora posesionado absolutamente del estilo, la atmósfera y el misterio singular que el escritor argentino exhibió en su conocido relato.

Los invito a reparar especialmente en la forma como están contruidos todos estos variados textos, en los cuales se demuestra dominio de la técnica del cuento, aprovechamiento inteligente y oportuno de la información con que cuenta el autor en distintos ámbitos de la realidad: la medicina, la literatura, la historia, la vida en el campo y la cultura en general. Son, todos ellos, producto, sin duda, de una experiencia vital prolongada y de una formación intelectual sólida. Es decir, de algo que no se tiene cuando se ha vivido poco. Festejemos todos, entonces, la decisión de nuestro cuentista de darse a conocer como escritor cuando ya estaba listo y tenía una obra de valor para entregarnos.